

espíritu renacido, sino para responder al instante a un sueño que él piensa ser del cielo, animado por la ocasión, que se le presenta, de entregarse todo al servicio y a la defensa de los derechos de la Iglesia y del Papa. Y después, de nada más solícito que de conocer y seguir con la mayor fidelidad, las divinas disposiciones, busca la más perfecta y devota dependencia de la Iglesia

En Roma, a la sombra del Vaticano, sobre la tumba de S. Pedro busca la total remisión de sus culpas, y allí sólo se cree protegido de todo engaño el ejercicio de aquella altísima pobreza, que lo seduce sin impedirle el dotarse profundamente de la escasez de las limosnas que los fieles ofrecen sobre la tumba del Príncipe de los Apóstoles, sobre la cual él arroja toda la moneda que lleva consigo. Y la aprobación de la Regla de los Frailes Menores, que solicita y obtiene de la Santa Sede, el juramento de reverencia y obediencia, que por sí y por su Orden hace al Sumo Pontífice y a la Iglesia romana, la institución del Cardenal protector para garantía de la perfecta observancia del Evangelio e inalterable sujeción y fidelidad a la misma Santa Iglesia, su celo ardentísimo por la reverencia al clero, la obediencia devota a los Obispos y las normas dadas a su Tercera Orden demuestran cuál hombre católico y apóstolico él fuese y cómo su fascinadora virtud era una participación de aquel centro infinito de fascinación divina y de divina atracción que es Cristo, viviendo en la Iglesia de Roma y la Iglesia de Roma viviendo en Cristo

Sea, pues, fruto de estas fiestas del séptimo Centenario de San Francisco el aumento del amor a nuestro Divino Salvador, a su Iglesia y a la Orden Seráfica en todo el pueblo cristiano y principalmente en nuestra Católica España